

# En favor de Jaime Gil de Biedma\*

Danubio Torres Fierro

Something too much of this: —but now 'tis pas,  
And the spell closes with its silent sea

Lord Byron

En 1977, proveniente de México, en donde había residido los dos años anteriores, llegué a España, recalé en Barcelona y, casi en seguida, conocí a Jaime Gil de Biedma. Nos citamos un atardecer de otoño en La Puñalada, en la esquina de Rosellón y Paseo de Gracia, y al verle me impresionó su cabeza calva. No porque ignorara que Jaime era calvo —la fotografía de *Colección particular* y la noticia biográfica que la acompañaba eran explícitas. Me sorprendió porque era una cabeza lustrosa y perfecta que se acomodaba sin sobresalto a su físico, rematándolo con contundencia. Jaime vestía una americana inglesa ligeramente pasada de moda, sobria y severa de líneas, y gastaba unos mocasines marrón de corte clásico. Era posible leer, en esos atavíos, la buena crianza y unos gustos muy precisos. Habíamos intercambiado un par de cartas atentas y formales: él me agradecía una reseña del *Diario del artista seriamente enfermo*, que escribí por sugerencia de Octavio Paz, y yo le solicitaba colaboraciones suyas para la revista *Plural*. Y teníamos, de antemano, un vínculo sentido: nuestra común admiración por Juan Gil-Albert, que por esas fechas —y como tantos otros "topos" de entonces— comenzaba a ser recobrado por la sociedad literaria y con quien compartiríamos, a poco andar, algunos días de vacación en el Ampurdán que nos permitirían recorrer juntos el camino al exilio francés (con parada reverente en el palacio en el que Manuel Azaña pernoctó por última vez en suelo español) que el valenciano había hecho cuarenta años atrás. No recuerdo de qué hablamos en nuestro primer encuentro, sin duda porque la conversación debió ser abierta y de tanteos mutuos. Sé que simpatizamos y que las confluencias se dieron fáciles. Jaime se convertiría en una figura clave de mi estancia barcelonesa; algo más y algo menos que un amigo: un punto de referencia en el que se codeaban el tutor y el *cicerone*. Conocer sus pareceres y sus reacciones, y abandonar el estado de azoro ante algunas actitudes suyas, no me llevó demasiado tiempo pero sí provocó más de una conmoción interior. Jaime era una alianza bizarra. Teatral y pronto de genio, tenía una mirada penetrante de animal hostigado y alerta al que le sentía el hormigueo de la sangre, era capaz de transiciones furiosas que lo dejaban a uno con el ademán en el aire y su militancia en el dicho brillante y lapidario (que, en ocasiones, lo volvían el fastidioso propietario de demasiadas verdades) nacía de su desvelo por ser, siempre, el muchacho más avisado de la promoción. Pero había, en el conjunto, algo más elemental y más importante por más revelador:

Jaime era un señorito y un plebeyo. Las maneras civilizadas por un lado y, por otro, y casi desnaturalizándolas, un desecato intemperante y revulsivo que fue —sospecho— el recurso más expedito que encontró, primero, de andar a los escobazos con un linaje apellidado Gil de Biedma y Becerril y, después, de fermentar un carácter en el que se abría a zancadas una decidida vocación excéntrica. Yo sabía, por sus poemas, que se solidarizaba afectivamente con su clase social pero que la rechazaba por temperamento, por postura moral y por convicción íntima; y adivinaba, por indicios que surgían aquí y allá en las entrelíneas, que en él reclutaba un insomne apetito refractario. Lo que no descubrí hasta frecuentarle fue que ese equipaje lo llevaba, compulsivamente, a cuestras. Sí: Jaime había optado por la marginalidad —pero una marginalidad que, al arraigar en un abono más fértil que el de la mera apostasía sociológica, y al ganarlo por entero, implicaba una suerte de *fuite en avant* con requiebros de insolencia que venía a encallar, sin estrépito, en la mundanidad burguesa considerada no como un hábito sino como una plaza fuerte. Quizás eso explique su simpatía nada dogmática y de corto y mediano alcance por las izquierdas, que más parecía convergencia delicuescente y obligada con la Buena Causa que por entonces los intelectuales hacían suya mayoritariamente que adhesión irrestricta a un proyecto político específico. Y quizás eso aclara su amor por Barcelona. Porque ésta es una ciudad donde conviven, sin escándalo, la burguesía y la bohemia, el puerto y la parte alta, Pedralves y el barrio chino. Barcelona también es, a su modo, una ciudad marginal que sin embargo se niega a desdecirse de una idea burguesa de la vida. Marginalidad congruente la de Jaime: me acuerdo que una noche, mientras cenábamos en Can Massans, me hizo un elogio del catalanismo, él que no era catalán ni hablaba el idioma —un pasaporte que, en esos momentos, era exigido con cierta grosería en las aduanas domésticas. Sus palabras eran absolutamente sinceras y una manifestación más de esa marginalidad que en fecha muy temprana decidió apropiarse para sí. Una marginalidad, se diría, contingente y reactiva, muy siglo XIX, de cuando se inicia la separación del genio y la sociedad, la vida de los artistas deja de ser "normal" y se convierte en "aventura" y se detecta un ingrediente subversivo en el interés que se demuestra por las obras artísticas —así como se discierne algo criminal en su creación. El arte, en fin, como faena de individuos singulares y repelentes que afirman una personalidad insumisa, abren las compuertas de las transgresiones y se agrupan en cenáculos y capillas para evitar el naufragio en el soliloquio y el autismo. La figura de los *compagnons de route* franceses, en efecto, que en la generación de los cincuenta barcelonesa, y muy en especial en el círculo que rodeaba a Jaime, se expresó con una intensidad reconcentrada y una arrogante conciencia de clase literaria.

\*Fragmentos de unas memorias en preparación.

No es causal que en una ocasión, estando con Juan Marsé y Ángel González, Jaime nos haya entusiasmado (en una de esas propuestas que luego no sobreviven a los postres) con la idea de un libro conjunto que se titularía *La isla del tesoro* y en el que reuniríamos testimonios que hablaran de la necesaria marginalidad del escritor y de la literatura —isla y tesoro a un tiempo— como camino para dar con la felicidad. Esos eran, como se sabe, sus motivos recurrentes.

“Hay que fundar una nueva religión” —predicaba Jaime, que se quería un tráfuga impenitente. El ritual de esa religión era, casi a diario, el mismo. Sobre las siete y media de la tarde, en esa “hora de ocaso” con espectrales connotaciones de horror al vacío, nos juntábamos en su casa, a veces los dos solos y a veces acompañados, por ejemplo, de Carlos Barral, Ana María Moix, Beatriz de Moura y Juan Marsé, *pour chasser la bonte du jour*. Eran conversaciones, las que se desarrollaban, en donde la inteligencia tenía cita obligada y la literatura se hacía egocéntrica, y ahora me asombra recordar que, en el registro muy de música de cámara que se creaba, la política se aparecía más como campo dócil para la comidilla interesada (algunos conocidos comenzaban, por ese entonces, a actuar públicamente) que como zona de debate y discusión. Es probable que a ello contribuyera la convergencia tácita de las opiniones. Y la transición democrática, como después se conocería a ese periodo, era un *work in progress* que marchaba a los tropicónes y que se dejaba ver más por sus signos exteriores que por su auténtico calado. Seguro que fue en esas charlas cuando intuí (ante las bromas que se hacían acerca de la no aparición de los supuestamente abultados originales que habrían permanecido enterrados en los cajones de los escritores por imperio de la censura franquista) que, en épocas de crisis, la política se encarrilla por una travesía y la literatura por otra, y que ambas sólo se encuentran en los momentos —tan infrecuentes— en que en un país se dan juntos el apogeo político, el social y el económico. En cualquier caso, es indudable que a todos nos preocupaban la política y la transición y que, para algunos de los presentes, si no para todos, la estabilidad institucional era el triunfo de una demasiado demorada aspiración —y, en lo que a mí toca, el desarrollo de la España de esos días fue una lección perdurable: un país cambiaba, literalmente, de piel. Las reuniones en casa de Jaime, que luego se extenderían a cenas en algún lugar de moda, sobre todo si de elenco reducido, olían a siglos XVII y XVIII, cuando en los gabinetes sociales y literarios nadie podía vivir sin amigos, y Jaime y Carlos Barral eran, por su autoridad intelectual y más prolongado ascendente, los sumos sacerdotes encargados de religar a los contentulios. Me consta que, poco a poco, las actividades profesionales y los intereses particulares terminaron con esa asiduidad que era tan de agradecer en los finales de los setenta por lo que en ella había de más gratificante: el ejercicio volteriano de la amistad como un contrato tácito entre personas sensibles y virtuosas. Importa, aquí, señalar que llegué a Barcelona, y viví en ella, cuando sólo quedaban rescoldos de su “gauche divine” y del esplendor del “boom” literario latinoamericano, que había hecho de la ciudad la anfitriona de una disidencia intelectual casi aristocrática y de unos escritores transterritoriales. Sin duda fue mejor, para mi propia experiencia, que las cosas se dieran de ese modo: las relaciones personales estaban menos envenenadas por la competencia

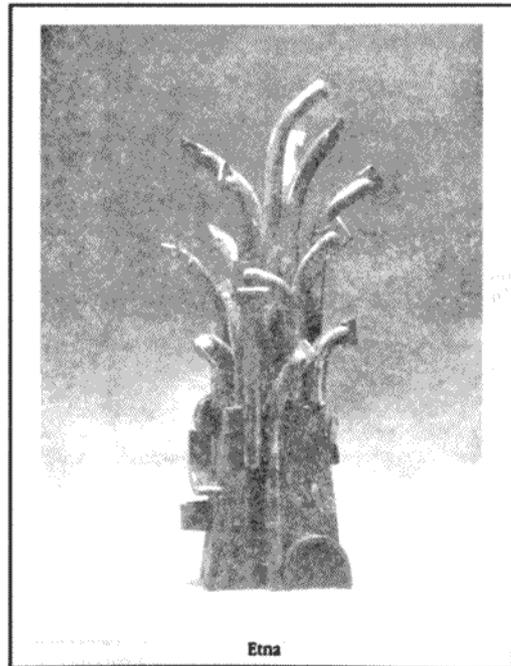
y el ritmo de la vida se desenvolvía con cadencia provinciana. Eso era ganancia viniendo de México, donde la *intelligentsia* —se sabe— vive en estado de litigio y donde el Distrito Federal —también se sabe— muchas veces inhibe el humano contacto. No tengo dudas, por lo demás, de que los rasgos demasiado armoniosos de mi retrato del grupo de amigos barceloneses está en dependencia de una memoria que, por fortuna, trabaja en desmedro de lo ingrato y a favor de lo bienhechor...

El apartamento de Jaime, situado enfrente de la plazuela de San Gregorio Taumaturo, en un barrio de clase acomodada, era bastante recargado. Había tres ambientes distintos en un único espacio básico, antigüedades españolas y objetos filipinos, un hermoso retrato de su exámito Juan Antonio y, frente a una mínima chimenea, un rincón en el que me gustaba estar porque irradiaba una intimidad discreta que estaba ausente en el resto del entorno. El apartamento no era exactamente “decadente”, aunque algo tenía de ello, y se trataba de alguna forma de una prolongación de un aspecto de la personalidad de Jaime. Más que hacia la mollicie de la decadencia, que sin duda ocupaba un lugar en quien sentía con tanta congoja la sanción del tiempo, Jaime tendía allí a la instauración de un ámbito mítico. Me confesó que tanto en ese apartamento de la calle Pérez Cabrero como en la casa de Ultramar lo que intentaba era reconstruir la sala de la casa solariega de la Nava de la Asunción. Era una manera, muy legítima, de anclar la vida a un refugio propio que vehiculaba un mecanismo de prevención personal y, también, y con no menor ánimo retroactivo, de ser fiel a esa “manía de la nostalgia” —son palabras de Léautaud— que tan central era en su representación del destino humano. Conocí a Jaime en un momento de su vida —poco antes de cumplir la cincuenta— en el que la agonía del tiempo, amén de ilustrar un tópico humano y de conformar una figura literaria que recorrió de una eliotiana “unidad de sentimiento” a su obra, encarnaba lastimosamente en esa instancia, común a todo hijo de vecino, en la que ya el futuro deja de guardar esperanza y el corazón se centra, de manera obsesiva, en el escrutinio del pasado. Ese trance doloroso acentuaba, para decirlo con cierta untuosidad obligada, el papel del tiempo como dimensión única de la existencia: la naturaleza podía volverse hostil al yo y el cuerpo amenazaba con trasmutarse de amigo en enemigo. La dosis de escepticismo que naturalmente arriman estas abdicaciones contribuyen, por lo general, a acelerar y hacer tolerable el paso a la mediana edad. No ocurría así en su caso. De ahí la nutrida apelación que hacía, por esas fechas, al acicate de la *self-pity* y a la ironía como disfraz de la actitud crítica. “Ya no hablo de mis cuitas personales con mis amigos por dos razones: porque me conocen y me aceptan tal como soy y porque los aburriría” —me dijo al comentarme que, esporádicamente, concurría a sesiones psicoanalíticas con una mujer joven y guapa a la que encontré un par de veces en reuniones sociales. Atestiguo que vi a Jaime resoplar en más de una oportunidad, pelear con una impaciencia que no le daba tregua y defenderse de una ansiedad que —para colmo— se presentaba puntualmente en determinadas épocas del año. Cuerpo y alma parecían, durante esos achaques, territorios que solicitaban su liberación. Pero él no perdía los estribos. El sentido común —importado de su permanencia en Inglaterra, según aseguraba— acudía *in extremis* en su

auxilio y, al cabo de raptos de hosca introspección, lo devolvía más o menos reconciliado consigo mismo y con el entorno. También lo ayudaba en esa liza, y cuánto, tener por eje de su persona a ese arte que sabe distinguir la frontera que separa a lo propio de lo ajeno, que reconoce la interioridad de uno y respeta la de los demás y, sobre todo, que sirve de andadura a una tolerancia auténtica que no tiene por qué estar refudada con la lealtad a nuestras fobias más porfiadas y nuestras neurosis más tenaces.

Los fines de semana íbamos a la casa de Ultramort como inquilinos en régimen de ejercicios espirituales. Tengo, de esos viajes constantes entre Barcelona y el Ampurdán, una imagen imborrable: detenerse en la ruta, bajarse del coche y contemplar, en el horizonte, a la ciudad enclaustrada en la bóveda fosfórica de sus luces nocturnas. Una visión baudelairiana de la confabulación del pecado y el progreso de la que huíamos —me digo— a conciencia en busca de una purga apaciguadora y una redención transitoria. Sin ánimo abusivo, pero reconociendo su utilidad en el despliegue de la figura escenográfica, es imperioso agregar que esa casa de Ultramort, grávida de evocaciones medievales catalanas en su contenido y en su metafísica, está unida a recuerdos que me son queridos y que en ella encontré —yo, que estaba en la orfandad del exilio— a dos vertientes de los veranos en vacación que intervinieron activamente en el sagrado de mi propia mitología: el campo y el mar de la infancia y la adolescencia. Situada en medio del Ampurdán, en una región que parece prolongar, al otro lado de los Pirineos y del Mediterráneo, la campiña de la Italia del Norte, en un pueblecito de masías medio derruidas, con paisanos reservados y corteses, y desde la que era posible observar, en sus terrazas, el dibujo de los sembrados y las huertas, más algún castillo en desuso, y hasta un mínimo cementerio que hollaban patos y gallinas de los aledaños, la casa de Jaime adquirió para mí los atributos benéficos de un bálsamo y cuanto en ella viví se me aparece con una resonancia emblemática que la distancia contribuye —qué duda cabe— a idealizar. Porque allí, entre maderas nobles y paredes de piedra y olor a burguesía, anduve etapas de muy distintas cadencias vinculadas todas a un momento de mi desarrollo intelectual y vital en el que Jaime —el personaje de Jaime y su leyenda— tuvo una participación muy principal. Muy principal —advierto— hasta el momento en que, en plena marcha y con estupor crecido, había que resignar la posta y dejarlo continuar su maratón de empedernido corredor de fondo... Al principio, cuando llevábamos poco de conocernos, y cuando vestíamos en *grand tenue* de indolencia por pendencias sentimentales recientes, Jaime y yo no respirábamos más que suspirando, nos confesábamos el uno al otro como es habitual en periodos de mal comercio con la realidad, y la casa se nos convirtió en una madriguera que había que hacer habitable. Encender la calefacción, abrir los postigos y las ventanas, airear la humedad, poner en su lugar las minucias que la criada dejaba en cualquier parte (y no tocar el horno de la cocina, clausurado y polvoriento, venganza póstuma de Jaime sobre quien reclamara su instalación), eran tareas que cumplíamos los viernes por la noche cuando estábamos recién llegados. Tareas realizadas, eso sí, con un afán meticuloso que quería ocuparse en quehaceres menudos con el evidente propósito de dar curso a la mera actividad distraída. Recuerdo esas noches de otoño

o de invierno, broncas y cavilosas, ariscas con la amabilidad, y maltratadas por la tramontana, en las que después de cenar nos sentábamos junto a la chimenea. Jaime lo hacía en una silla de respaldo alto y asiento de cuero y yo en un sofá chato y cómodo que me permitía —delicia ronsardiana— atizar el fuego. A prontábamos vino y whisky y nos disponíamos a largas conversaciones donde comparecían la vida y la literatura y la realidad, y Tucídides y Cernuda y Eliot ("Those are pearls that were his eyes") y Auden y Chaderlos de Laclos, y en las que escuchábamos *Don Giovanni* ("Là, ci darem la mano/ Là mi dirai di sì") y los conciertos para trompeta y clarinete de Haydn, y a Brassens y a Conchita Piquer, y en las que ambos nos reconfortábamos al comprobar cómo la amistad y la inteligencia dejaban pasar las horas sin apenas sentirse. Terminábamos a las tres o las cuatro de la madrugada, sorprendidos y contentos, acaso aliados en una lucidez patética. Fue por esas fechas, más o menos, que Jaime empezó a escribir el poema "De senectute". Él, que estaba —repito— a punto de cumplir los cincuenta años, creía de veras gastado su impulso juvenil, y agotado el amoroso, y ambos ultrajes le volvían el mundo fantasmal a su alma desmedida. De ahí el movimiento de resignación fatalista que, en la mejor estirpe española, recorre a esa pieza; el cansancio vital y el fervor caído, que le impedían una buena relación con la realidad y le estorbaban sus trámites con la escritura, lo llevaban a hablar con la voz de la vejez. Sin embargo, y bien mirado, el tormento que trasuntaba la situación parecía, a alguien que, como yo, estaba cerca de él, excesivo. Es que su gusto por la vida saltaba, a cada rato, como una brújula loca y encantadora. □



Etna